

MARCIAL

EL TRAVIESO

José Luis Cano

© JOSÉ LUIS CANO
© XORDICA EDITORIAL
Diseño y maquetación: XORDICA EDITORIAL
Apartado de Correos 1.536
50080 ZARAGOZA
Telf.: 608 03 39 49
E-mail: xordica@mail.sendanet.es

Depósito Legal: Z. 1168-99
ISBN: 84-88920-35-0
1.ª edición: 5.000 ejemplares

Impreso en INO Reproducciones, S.A.

PRESENTACIÓN

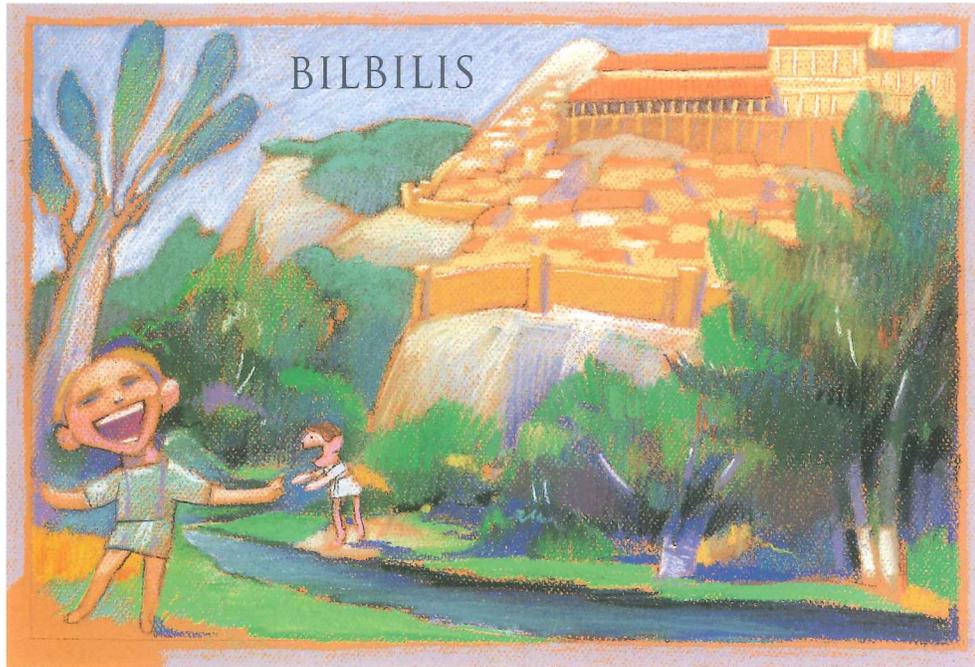
Ningún romano escribió la vida de Marco Valerio Marcial. Por cartas de dos amigos suyos sabemos que murió en el año 104. Refinado hombre de mundo, presumía en la capital de venir de un país agreste y a toda hora hablaba del Jalón, el Tajo y el Duero o de sus supuestos y temibles ancestros los celtíberos, y no del Ebro latino y la cultivada César Augusta: una pose para descolocar a los «romanos de toda la vida». Cultivó fama de bohemio y pobre, pero fue protegido por los Pisón, los Anneo (la influyente familia hispana de Séneca y Lucano) y por el mismísimo emperador. Cierto que Domiciano, muerto a puñaladas, no era un César muy popular, pero sí poderoso y agradecido. Marcial, cuyo ingenio superlativo halagaba al príncipe a todas horas, logró de él suculentos enchufes y prebendas; y prefirió poner tierra por medio cuando cayó cruentamente la dinastía. Volvió a su BÍLBILIS, natal, para hacer las delicias de una rica viuda, encantada de tener junto a sí al más en boga de los escritores de la alta sociedad capitalina e imperial... y echar, en la intimidad, pestes de sus rústicos paisanos.

¿El resto? Probablemente fue como lo cuenta en este librico José Luis Cano. Que sabe mucho de la gente.

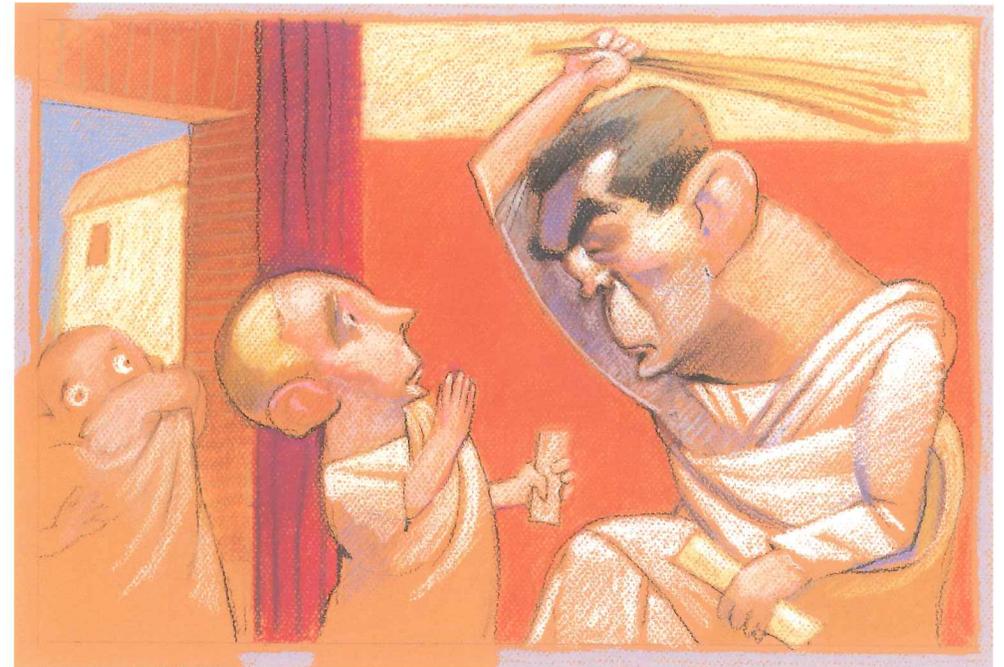
Guillermo Fatás



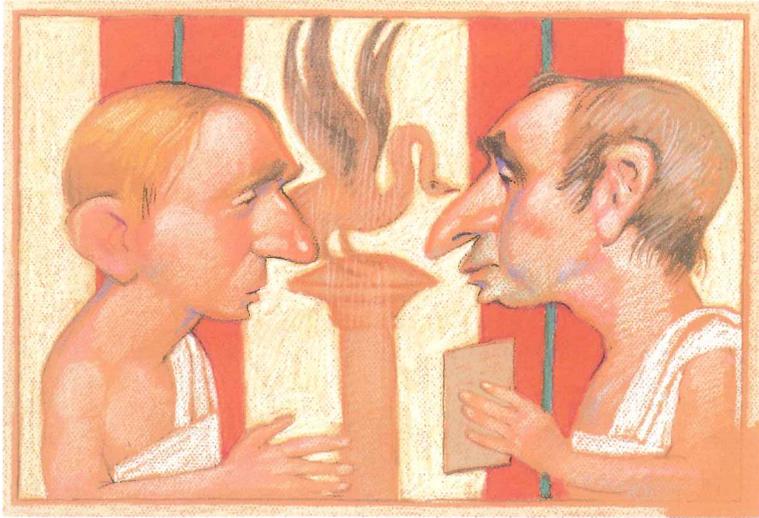
Marco Valerio Marcial, famoso poeta bilbilitano, nació el 1 de marzo de algún año del siglo I y, como dijo Plinio, «fue un hombre ingenioso, agudo, mordaz, y en cuanto escribía ponía mucha sal, mucha hiel y no menos candor».



En un pueblo muy lejano, llamado Bilibilis, vivía nuestro amigo Marco, en una humilde morada. Era muy perezoso y no se levantaba muy temprano ni para ayudar a su buena mamá. Después se pasaba todo el día haciendo el bárbaro, bañándose con sus amigachos en el río Jalón y dando sustos a las niñas por los bosques de los alrededores.

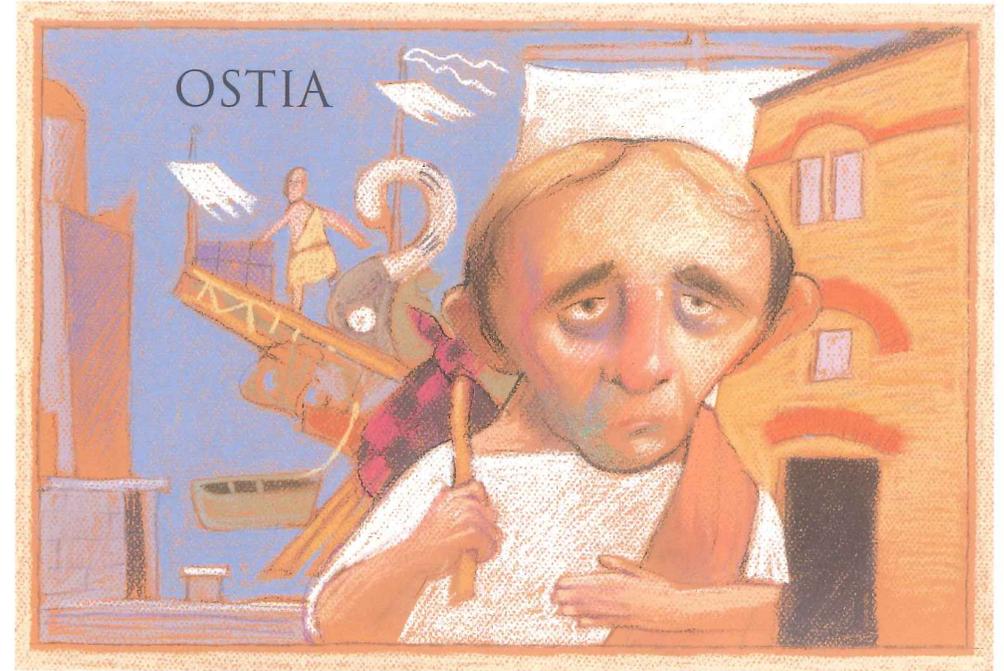


Pero un día, la tristeza llegó hasta su corazón. Su madre le dijo a su padre: «Valerio Frontón, ya va siendo hora de que el chico vaya a la escuela». «Lo que tú digas, Flacilla», contestó su padre. Y entre los dos le arrastraron a las clases de un gramático, que desde primera hora de la mañana no paraba de dar gritos y zurriagazos a sus pobres alumnos.

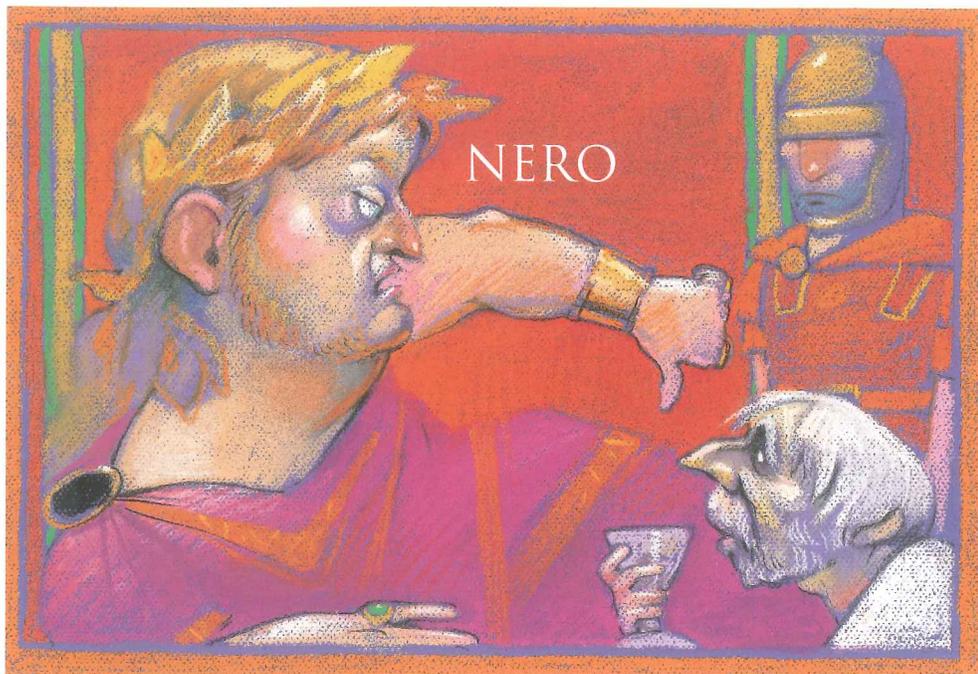


A pesar de todo, Marco se aficionó a la literatura y desde muy pequeño empezó a escribir versos. Escribiendo, escribiendo, dejó de ser un niño sin que los vecinos de su pueblo le hicieran mucho caso.

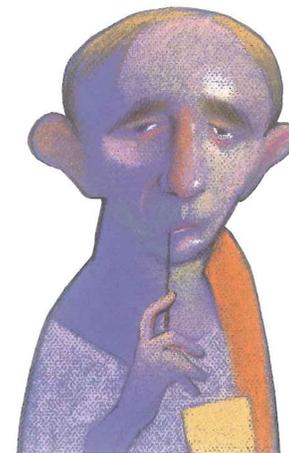
Si alguno se dignaba a echar un vistazo a sus poemas, le decía meneando la cabeza: «Flojico, Marcial, flojico».



Así que, a los veinte años, se hartó de BÍlbilis y decidió irse a triunfar a la capital, que entonces era Roma. Tras despedirse de su familia y de sus amigos, tomó la diligencia, y en cinco días de viaje llegó a Tarraco. Allí cogió un barco, cruzó el *Mare Nostrum*, y desembarcó, mareado como una peonza, en el puerto de Ostia.



Al llegar a Roma fue a ver a Séneca y a Lucano, que eran unos romanos hispanos muy influyentes. «Ya te buscaremos algo», le dijeron un poco secos mientras conspiraban con Calpurnio Pisón contra el Emperador. A los pocos meses, sus protectores tuvieron que suicidarse por orden de Nerón y el pobre Marcial se quedó en la calle.

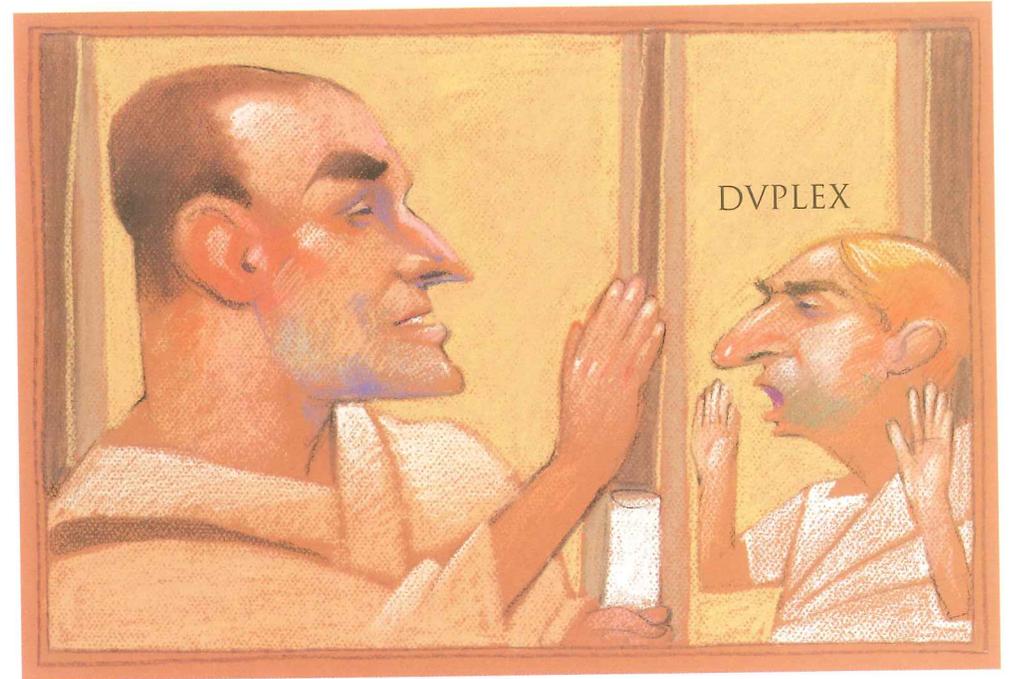


QVID FACIAM?

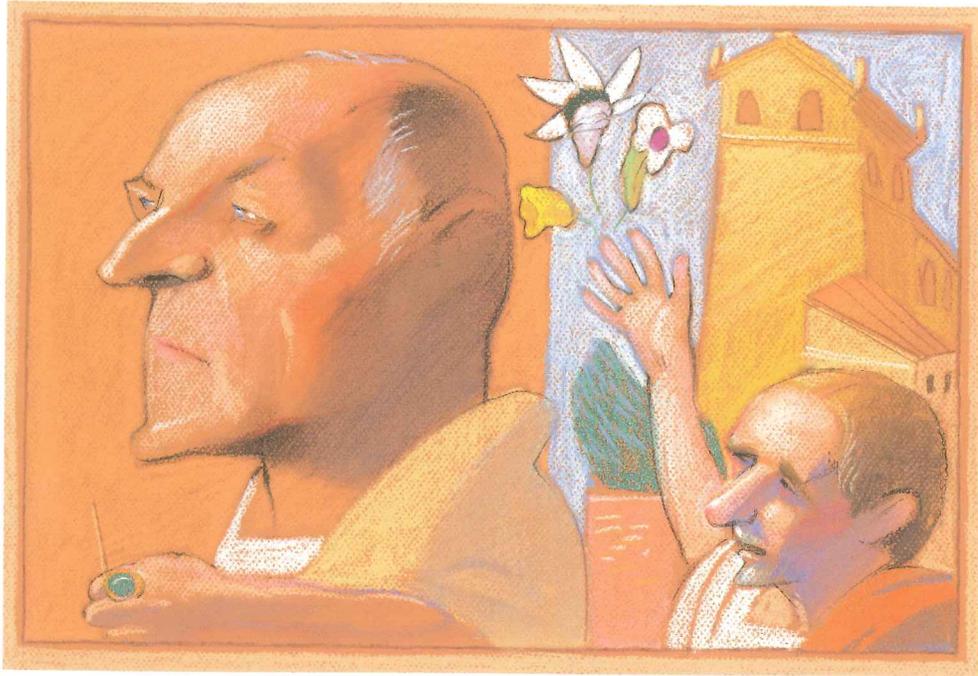
Un amigo le preguntó: «¿Y, ahora, qué vas a hacer?». «Me haré abogado», respondió Marcial. «Con eso no se gana ni para pagar a la patrona», le advirtió el amigo. «Pues compondré poemas». «Estás loco, todos esos pobres muertos de frío que hay en la esquina son poetas». «Pues buscaré un rico protector». «Eso sólo lo consiguen tres o cuatro». «¿Entonces, qué hago?». «Si eres bueno, será un milagro que puedas vivir en Roma», le advirtió su amigo.



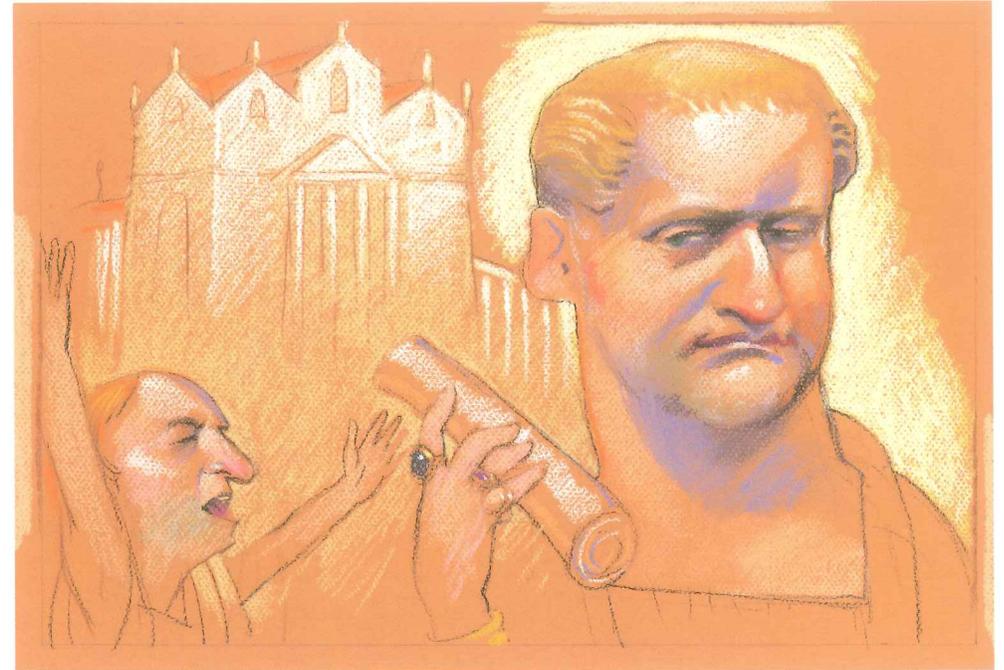
De hecho, no sabemos lo que hizo Marcial durante los años siguientes. Unos dicen que fue legionario en las Galias; otros, que sereno en el barrio de la Subura; pero, fuera lo que fuese, debió de pasar más hambre que Carracuca. Por eso no es tan extraño que de mayor fuera sarcástico, pedigüeno y adulator. Podría haber sido cosas peores.



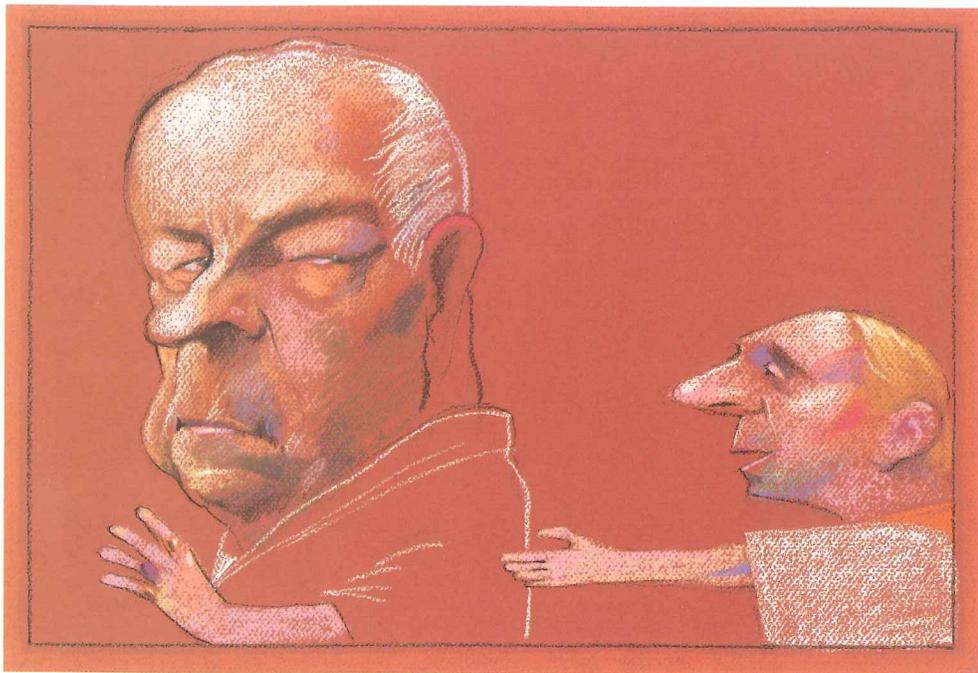
Más tarde intentó ser abogado. Pero, en el primer caso que tuvo, hizo el ridículo más espantoso y sólo le pagaron la mitad de lo acordado. Protestó y le dijeron: «Te pagamos la mitad por lo mal que lo has hecho». Marcial contestó muy digno: «Tendríaís que pagarme el doble por la vergüenza que he pasado». Y no volvió a coger ni un sólo caso más.



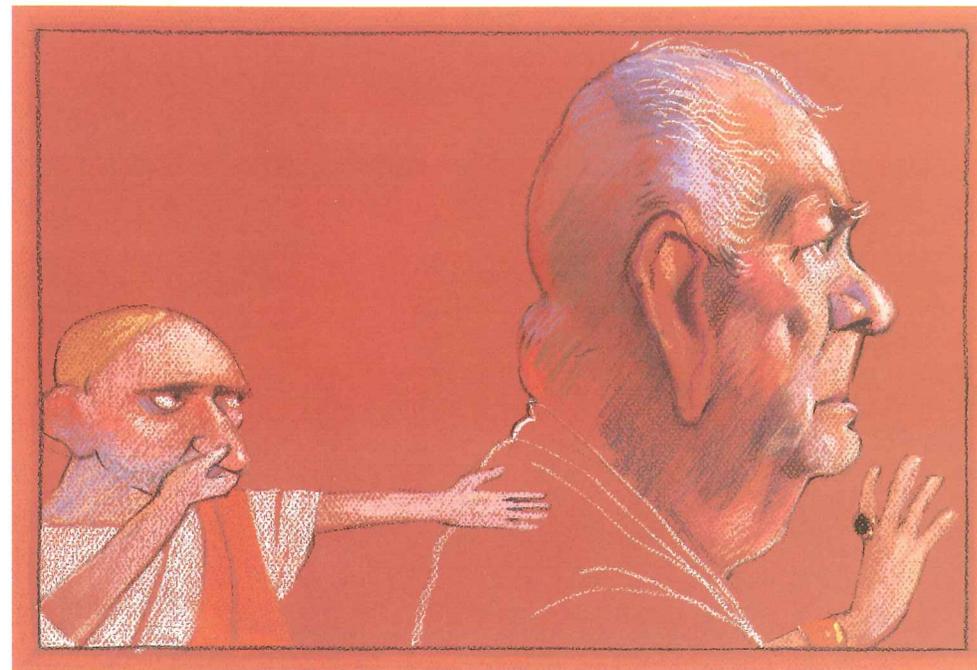
Toda su vida estuvo buscando un protector rico y generoso y muy pocas veces lo encontró, a pesar de que sabía hacer la pelota como nadie. A todos los ricos les decía Marcial: «Tú eres el más grande». Pero los muy desagradecidos se creían que les daba coba por la cara y no le decían ni gracias. Alguno, eso sí, le regalaba un mondadientes.



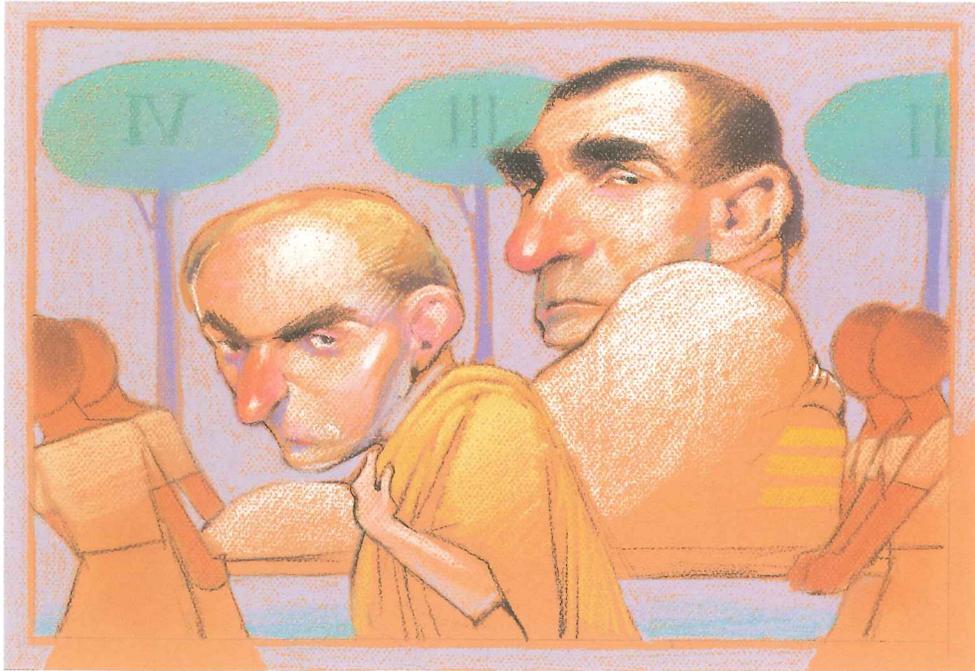
Estrenaba un nuevo palacio el emperador Domiciano y Marcial le decía: «¡Nada más hermoso contempla el sol en la redondez de la Tierra! ¡¡Esta mansión, sin embargo, que toca con sus pináculos las estrellas, tan alta como el Cielo, es menor que su dueño!!». Y Domiciano, por ahorrarse el dinero de un regalo, le nombraba tribuno o caballero.



Tampoco debía de ser tan pobre como para estar siempre pidiendo porque, a la hora de dar un sablazo, siempre se le escapaba alguna impertinencia. Le decía, por ejemplo, a un viejo rico y tacaño: «Marón, no me das nada en vida; dices que me lo darás a tu muerte. Si no eres necio, Marón, puedes adivinar lo que deseo».

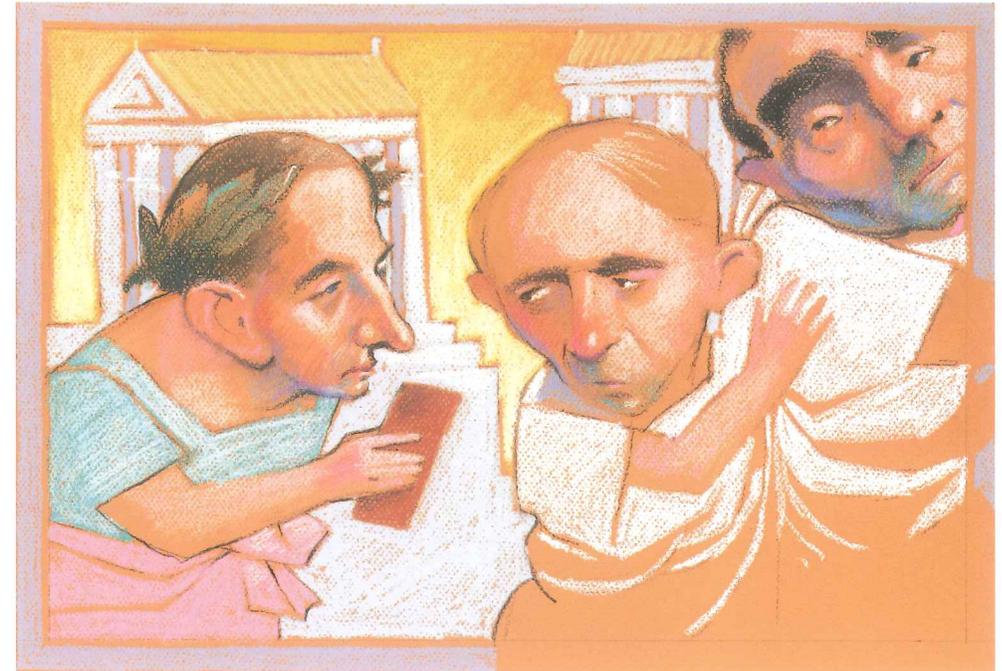


Y a otro le decía: «Régulo, no me queda ni un céntimo en casa. No me falta ya más que vender tus regalos, ¿me los compras?». Y a otro: «Dices que eres el mejor de mis amigos; pero, dime, por favor, Crispo, ¿cuándo me has regalado algo? Sólo noto que eres mi amigo en que te pedes delante de mí con toda desvergüenza».

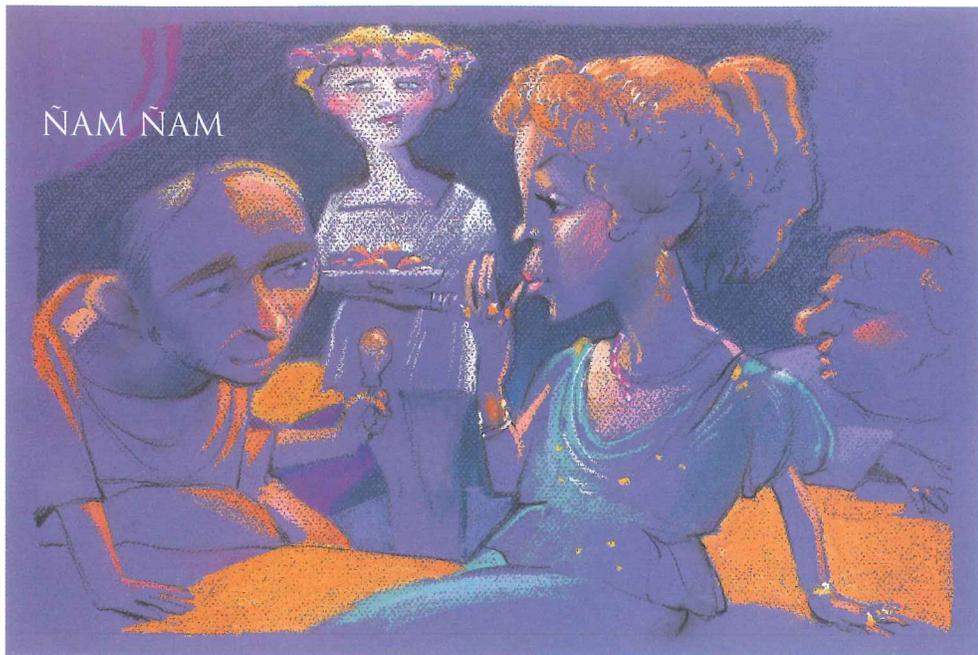


Marcial fue cliente de varios señores. Su trabajo consistía en acompañar a su patrón en las visitas que era costumbre hacer a la hora del desayuno. Era una pesadez porque había que madrugar y las fincas que visitaban estaban en el quinto pino.

El señor iba en litera y Marcial caminaba a su lado, dándole palique y poniéndose de barro hasta las cejas.

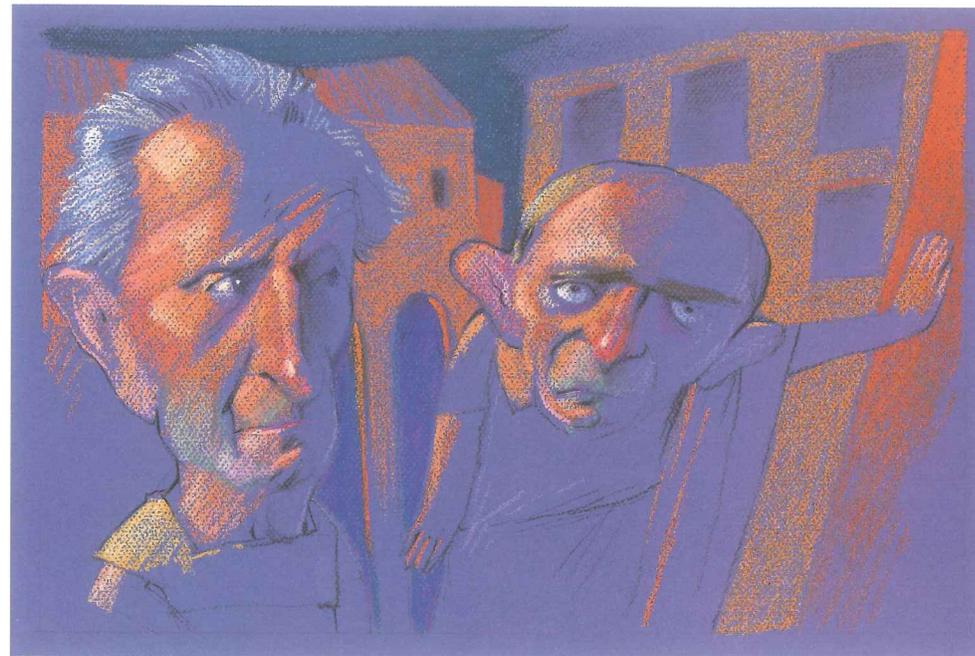


Después tenían que vestirse la toga e ir a los templos a sellar documentos, pasar por el foro para cuidar sus negocios y entrevistarse con algún cónsul o algún rétor. Cuando más prisa tenían, aparecía algún pelmazo que les seguía por toda Roma empeñado en leerles sus poemas, preguntando sin cesar: «¿Os gusta la poesía?».

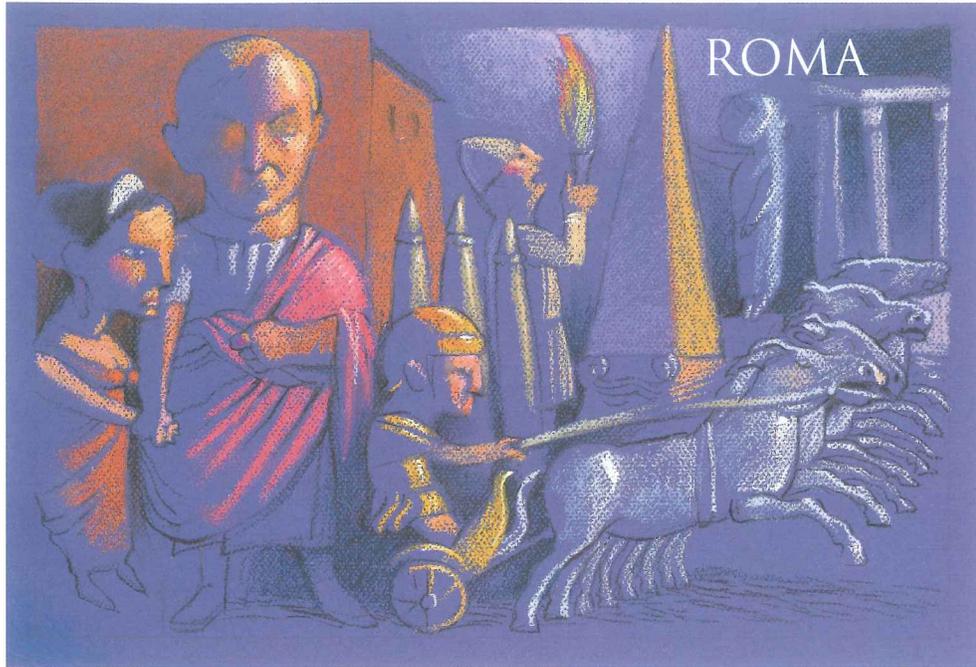


ÑAM ÑAM

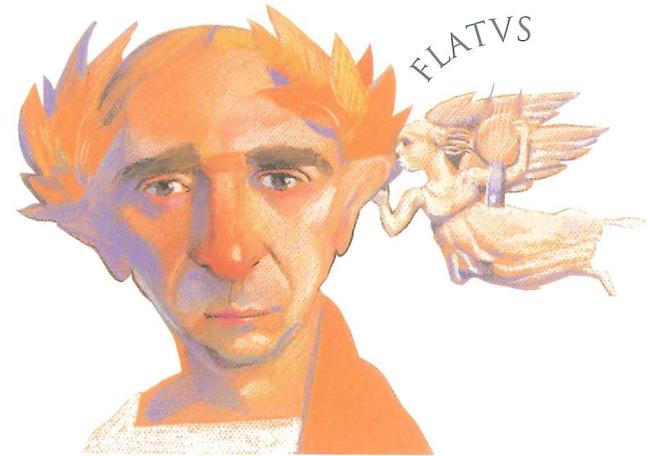
A última hora de la tarde, tenía que ir con su señor a las termas y después acompañarle hasta su finca para que le pagase el jornal. Si durante el día había conseguido que le invitasen a una de las muchas cuchipandas que se organizaban en la ciudad, acudía a casa de su anfitrión más contento que unas pascuas; si no, se iba a la cama sin cenar.



La noche que había tenido la suerte de asistir a un banquete, volvía de madrugada con el estómago estragado, hecho unos zorros, y el sereno Potito le preguntaba gritando como un animal: «¿Pero vas a escribir algo este año o qué, so gandul?». Marcial, que ya no tenía fuerzas ni para dar una respuesta ingeniosa, se ponía a dar explicaciones.



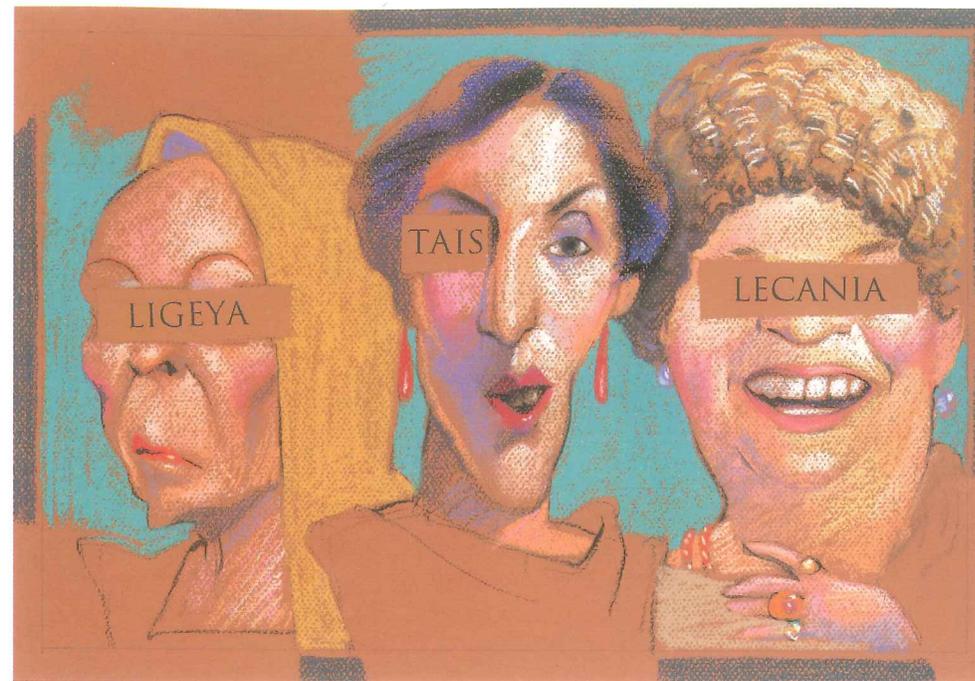
Su casa estaba en la Subura, uno de los barrios más pobres y bulliciosos de Roma. Había tanto jaleo por las noches que, cuando conseguía meterse en la cama y empezaba a dar vueltas sin poder dormir, gritaba histérico: «¡Tengo a Roma en la almohada!». De vez en cuando se iba a una casita de campo que tenía a las afueras de la ciudad.



Entre lo mucho que trabajaba, lo poco que dormía y lo vago que era, no le quedaba casi tiempo para escribir. Pero se había propuesto ser tan buen poeta como los maestros Catulo, Marso y Pedo y al final lo consiguió. Él mismo decía, sin falsa modestia: «Soy el famoso Marcial, conocido en el mundo entero por sus agudos libritos de epigramas».



En sus epigramas, Marcial presumía de criticar los vicios y de tener consideración con las personas. Por eso cambiaba los nombres de quienes criticaba por los de Carino, Lícoris, Pantagato, Filomuso, Telesilla y otros por el estilo. Pero siempre había alguno o alguna que se daba por aludido o aludida. O ambas cosas a la vez.



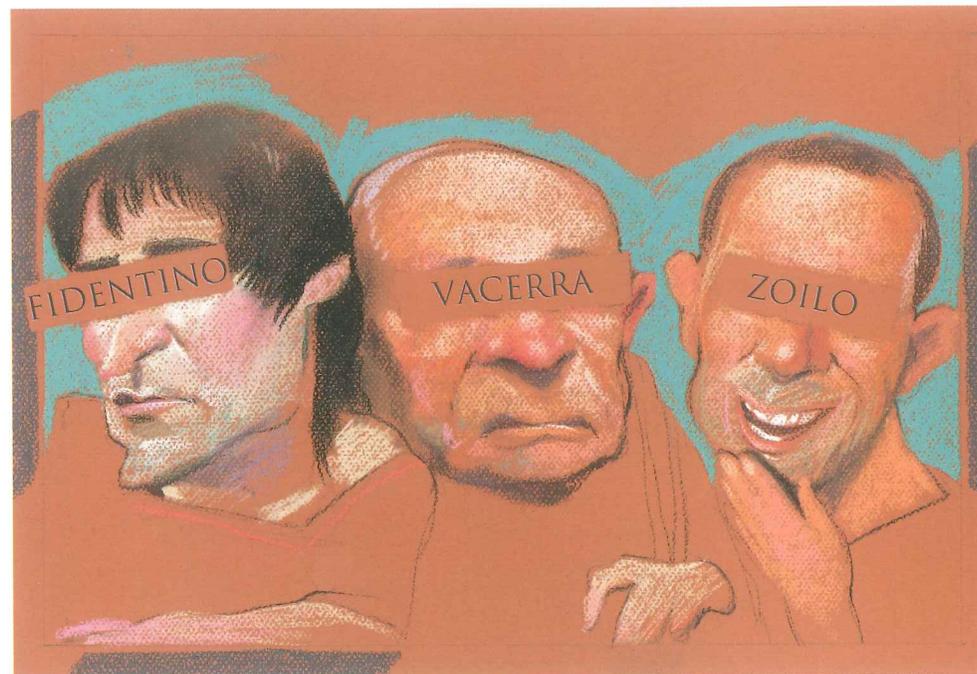
Marcial decía que sus epigramas eran «traviosos». Como estos, por ejemplo: «Si Ligeya tiene tantos años como pelos en la cabeza, tiene cumplidos los tres años». «Quinto ama a Tais. –¿A qué Tais? –A Tais la tuerta. –Tais es tuerta pero él es ciego». «Tais tiene los dientes negros; Lecania blancos. ¿Por qué? Ésta los tiene comprados, aquélla naturales».



«¿Por qué cuando vas a recitar rodeas tu cuello con una bufanda de lana? Estaría mejor en nuestros oídos».

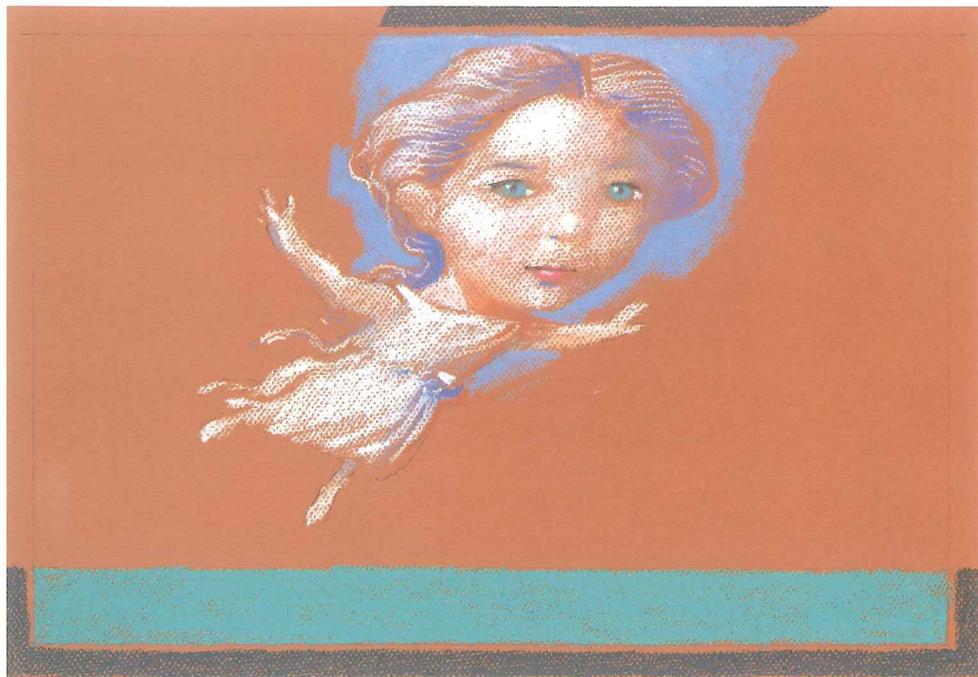
«¿Que por qué no te envío, Pontiliano, mis libros?
Para que no me envíes tú los tuyos».

«Aunque la turba togada lance un inmenso "muy bien",
no eres tú el elocuente, Pomponio, sino tu cena».

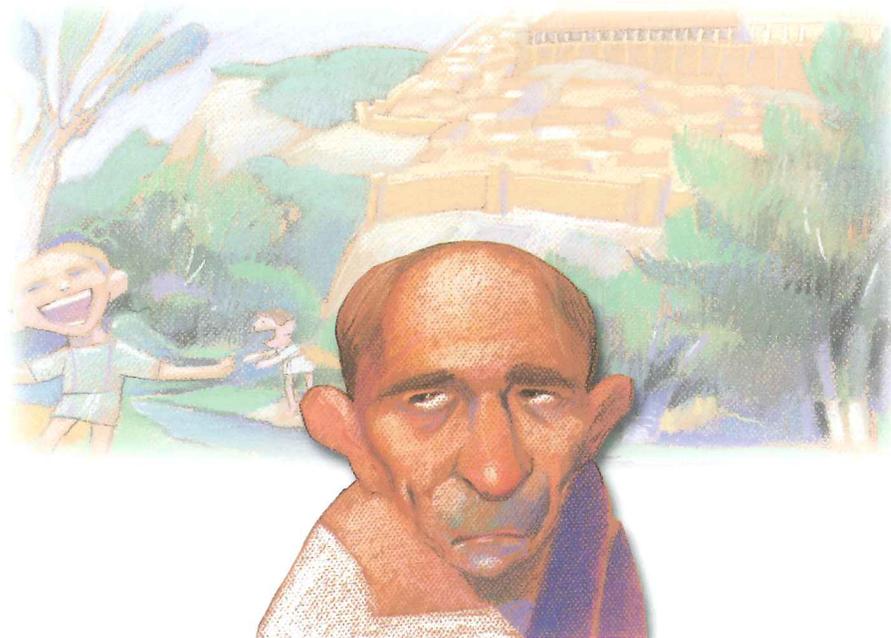


«Los poemas que recitas en público, Fidentino, son míos; pero
si los recitas tan mal, empiezan a ser tuyos».

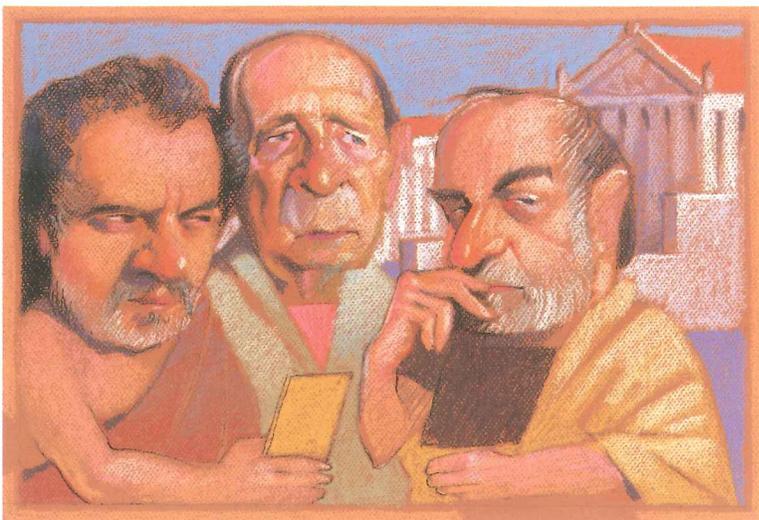
«Vacerra, tú no admiras más que a los poetas antiguos, y no alabas
más que a los muertos. Perdóname, Vacerra, no vale la pena que
yo muera para gustarte». «Dices que a los poetas y a los abogados
les huele mal la boca; pero al lameculos le huele peor, Zoilo».



No todo eran chistes, caricaturas y burradas. En el fondo, Marcial era un tierno. Cuando murió su esclavita Amorcito, que tenía cinco años, le dedicó un cariñoso poema que terminaba diciendo: «Que el césped suave cubra sus huesos, y tú, tierra, no le seas pesada, pues ella no lo fue para ti».

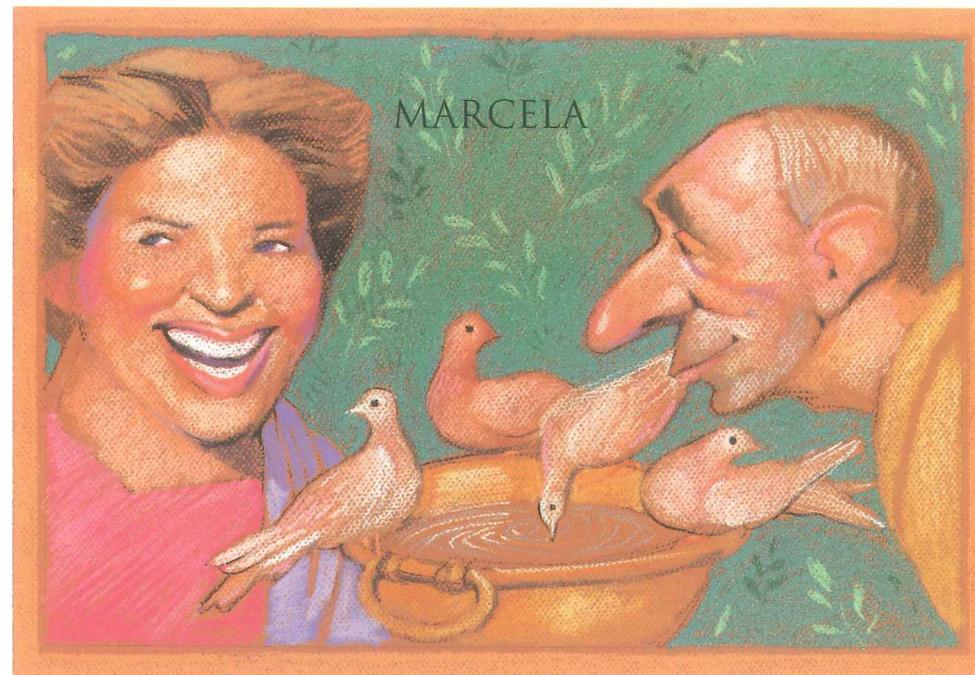


Después de treinta y cuatro años en Roma, Marcial estaba tan cansado que ya no le importaba ni la fama ni nada y lo único que quería era poder dormir. Así que decidió volver a su añorada BÍbilis. Encargó a su amigo Flavo que le comprase un terrenito y, aunque no le hacía ninguna falta, le pidió a Plinio dinero para el viaje. La cuestión era pedir.

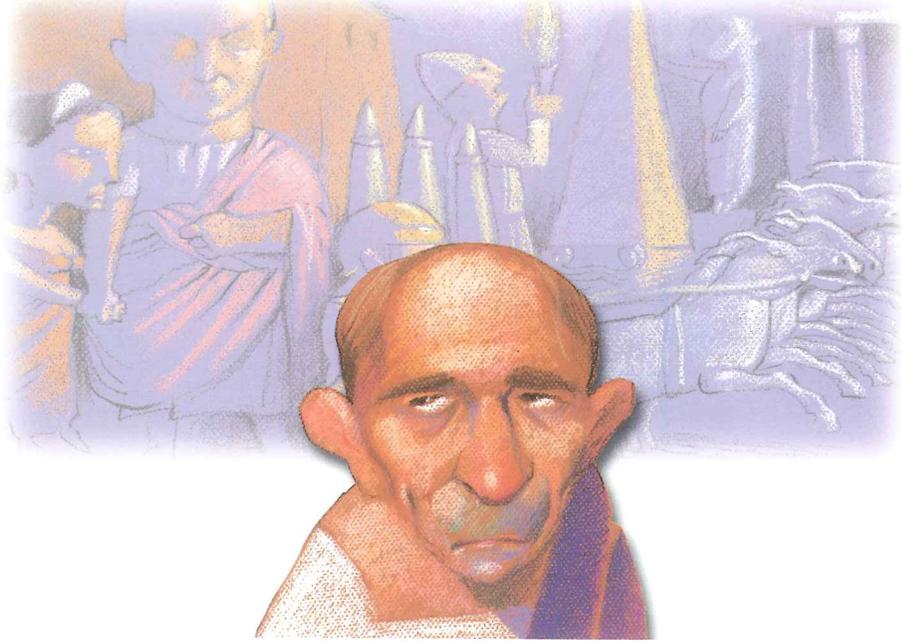


Anunció su regreso a los bilbilitanos en una carta que decía:
«Vuelve el honor y la causa de vuestro renombre y de vuestra fama». Y, por si no tenían bastante, añadió: «Si recibís con gusto al que vuelve, voy; si no, me reservo la posibilidad de volver a Roma».

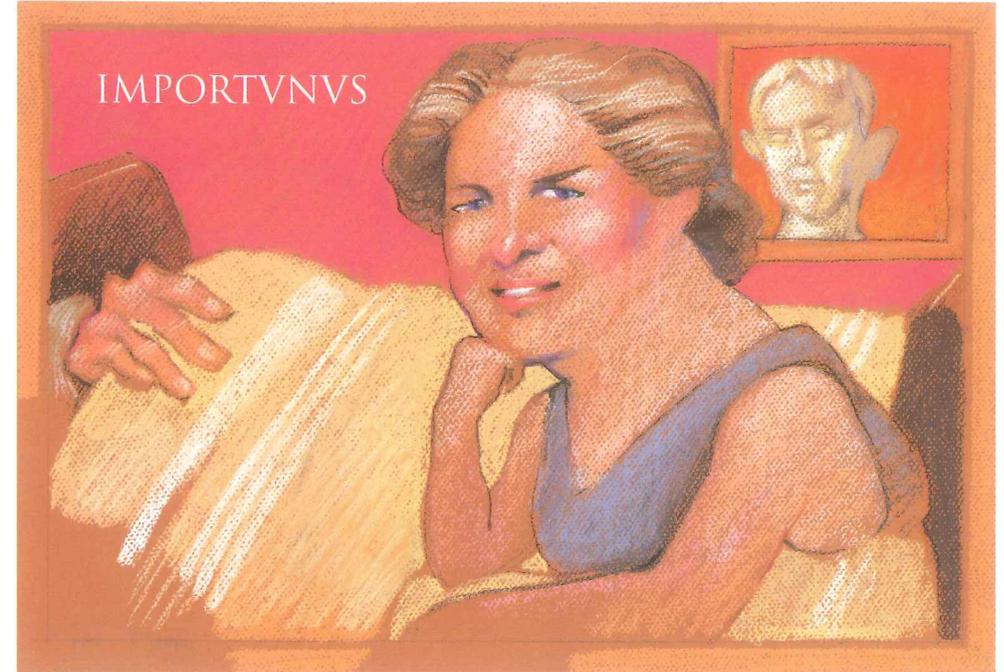
Pero, como era tan famoso y venía de la capital,
no se lo tuvieron muy en cuenta.



Acababa de instalarse en BÍlbilis cuando conoció a la elegante y rica viuda Marcela, una rendida admiradora de sus libros que, encantada de conocerle, le regaló todo su cariño y una finca estupenda con huerto, prados, bosques, jardines, un estanque con anguilas y una torre blanca llena de palomas.



Por fin podía Marcial vivir como un señor. Paseaba con cachaza por la huerta, acompañado de su adorable Marcela y le decía zalamero: «Tú eres para mí Roma entera». Y es que, aunque dormía como un bendito y se pasaba las horas muy a gusto estando mano sobre mano, a veces echaba en falta el jolgorio y el bullicio de la capital.



Por eso, hasta el último día de su vida, cuando los vecinos iban a saludarle y le despertaban pidiéndole algún consejo o algún favor, los despedía dándose media vuelta en la cama y diciendo enfurruñado como un niño:
«Si tampoco aquí se puede dormir,
me vuelvo a Roma».

CRONOLOGÍA

Entre los años 38 y 41 de nuestra Era, nace Marco Valerio Marcial en BÍlbilis. Hacia el año 64 llega a Roma.

No se sabe nada de su vida durante los reinados de Nerón, Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano.

La obra conservada de Marcial está compuesta por 1.554 epigramas –poemas breves de carácter festivo o satírico pero siempre ingenioso– reunidos en quince libros. El dístico elegíaco es el metro preferido del poeta.

Su primer libro conocido es el *Liber Spectaculorum*, publicado el año 80 con ocasión de las fiestas celebradas para inaugurar el anfiteatro Flavio.

Entre los años 84 y 85 publica el *Libro XIII, Xenia*; el *Libro XIV, Apophoreta* y los *Libros I y II*.

Entre el 87 u 88 publica el *Libro III*.

En las Saturnales del 88 publica el *Libro IV*.

En el 89, el *Libro V*.

En el 90 escribe y publica el *Libro VI*.

En el 92, el *Libro VII*.

En el 93, el *Libro VIII*.

En el 94, escribe y publica el *Libro IX*.

En el 95 publica la primera edición del *Libro X*, que corrige y aumenta en el 98.

En el 97, publica el *Libro XI*.

A finales de 101 o principios del 102 publica el *Libro XII*.

Marcial muere el año 104 en BÍlbilis.

Este librito
se terminó de imprimir
el 16 de abril
festividad de San Marcial



xordiqueta

ISBN 84-88920-35-0



9 788488 920355



iberCaja

Obra Social